





# Todos los ojos



# Todos los ojos

---

Isobel English

Traducción de Julia Osuna Aguilar

Epílogo de Neville Braybrooke



MUÑECA INFINITA

Título original: *Every Eye*

© The Estate of June Braybrooke, 2000  
Por acuerdo con Persephone Books

© del epílogo: Neville Braybrooke, 2000

Primera edición en Muñeca Infinita: enero de 2024

© Muñeca Rusa Editorial, S. L. U., 2024  
Calle del Barco, 40, 3.o D ext.  
28004 Madrid  
editorial@munecainfinita.com  
www.munecainfinita.com

© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2024

Diseño de colección y cubierta: Juan Pablo Cambariere  
Maquetación: Carmen Itamad  
Edición y corrección: Esther Aizpuru

ISBN: 978-84-125956-9-7

Código BIC: FA  
Impresión: Kadmos  
Depósito legal: M-34230-2023  
Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Todos los ojos 13

---

**EPÍLOGO DE NEVILLE BRAYBROOKE** 139



*Para mis padres, con amor*



*Todos los ojos han de llorar solos  
hasta que el yo sea destronado.*

«A Chester Kallman», *Otro tiempo*,  
W. H. AUDEN



Me he enterado hoy de que Cynthia murió el pasado viernes por la tarde en el hospital comarcal de Ipswich, justo después de tomarse una taza de té.

No esperaba que la noticia me afectara como lo ha hecho. De entrada me atrincheré en mis rencores, apretándolos contra mí, para al minuto siguiente sentir como si una gran ola acabara de estrellar de improviso en la costa y hubiera minado y horadado los cimientos mismos de mi vida.

De modo que eso es lo que pasa cuando se le muere alguien... a quienes albergan animosidades. La misteriosa desaparición los envuelve también a ellos y se quedan desasosegados con un nuevo puñado de problemas con el que vérselas...

... Hace seis años que vi por última vez a Cynthia, seis años desde que me liberé de cuajo de su reproche inquisitorial,



de la sonrisa mínima y antipática que siempre acompañaba sus pullas más afiladas: la miel y la hiel bien mezcladas hasta conseguir una consistencia tan cremosa que se volvían inseparables. Debería, no obstante, haber reconocido las razones que lo alentaban; siempre he estado hablando de la verdadera llamada de la vocación, tanto en la época en que pretendía ser pianista como ahora, de nuevo, que intento recomponer las piezas de mi vida para empezar de cero con un marido al que tanto le llevo en edad.

Hace ahora diecinueve años que Cynthia se casó con mi tío, y fue a partir de ese momento cuando se establecieron las disciplinas de su vocación. Yo misma vi cómo los esfuerzos del vivir al día le retrajeron los caracoles de pelo fugado en una boina gris grafito, cómo se le hundieron los vidriosos ojos azul nomeolvides en unas cuencas cárdenas hasta tornarse color piedra. La última vez que la vi, sus rasgos más notorios eran las picas romas que tenía por paletas y los puntiagudos incisivos que las flanqueaban; eran armas primitivas estas, vestigios defensivos, se dirían los únicos medios que le permitían sobrevivir.

«Figúrate, ¡poder dedicar una vida a una sola persona!». Mi marido, Stephen, es todavía joven para hablar de esa manera. «Se asemeja a un talento, podría considerarse una religión», comentó. Cynthia era tan desprendida que resultaba heroica. Para complementar la pequeña pensión por invalidez de su marido, trabajó a escondidas en casas ajenas por media corona la hora; y yo no conseguí tolerar ese nivel de heroísmo ni en lo que la convertía a ella.

Es curioso que nos llegue hoy la noticia, justo en la víspera de nuestra partida. Lo tenemos todo dispuesto para, mañana a primera hora, poner rumbo a Ibiza, la más agreste de las Baleares. Hace un año que nos casamos y desde entonces teníamos

pendiente esta escapada. Pareciera ahora algo trascendental, un gesto de respeto involuntario y casi predestinado hacia una persona fallecida, pues fue Cynthia la primera que me habló de la isla, seguramente por la época en que la conocí, cuando rondaba mi décimo cuarto cumpleaños.

Fue un domingo de finales de agosto, cuando ya el verano había acabado para mí después de regresar de una deprimente quincena en la costa en compañía de unas amigas ricas del colegio y sus bienintencionados padres. Estas gentes se tomaban la desnudez a la vera del mar como una suerte de purga medicinal, un engreimiento afectado que a mí me resultaba tan repulsivo de ver como de imitar. Sintuéndome desgraciada y calada por la humedad, me aovillaba bajo mi corto chal, acomplejada por mis brazos finos y mi pecho plano, mientras las demás chicas brincaban alegremente en esos blancos trajes de baño que tan bien rellenaban; tenían los brazos y las piernas del color del abedul claro a pesar de la ausencia del sol tras un cielo gris encapotado. Añoraba el magnífico camuflaje de mis vestidos de cretona; ese tejido, que se empleaba sobre todo para tapizar sillas, duraba una eternidad, decía mi madre. Aguantaba lo que se le echara. En otros tiempos yo misma había cuestionado el atrevimiento del dibujo y el diseño y había menospreciado la tela en comparación con las elegantes muselinas con espiguitas bordadas de los vestidos de otras chicas; en aquel momento, no obstante, en esa playa de pizarra dura de Selsey, añoraba aquel desaguisado de gladiolos y portulacas enormes. Pensaba con nostalgia en mi casa y en la seguridad de una cobertura adecuada: el olor a viejo del piano vertical con su bonita seda rosa desvaída tras la celosía.

Una vez remitió, la punzada se diluyó rápidamente. Pude pensar con indiferencia en esas personas correosas y amoratadas por el frío y en el olor a adultos y a lana mojada que desprendían mientras saltaban por la playa ventosa, gritando con una satisfacción desaforada cuando detenían la trayectoria de un aro en sus lechosos puños cerrados. Se asemejaban a las haditas de cera que coloca la gente en lo alto de sus árboles de Navidad y que con su presencia tan solo suscitan sentimientos de envidia e ineptitud; el resto del año se ocultan a la vista, envueltas en papel negro. Los padres de mis amigas sí que estaban más que presentables en sus abrigos gruesos.

Esa tarde de domingo, Cynthia subió del brazo de mi apuesto tío Otway los escalones de entrada de nuestro piso a pie de calle. Los entreví por los visillos. Yo había estado ejercitándome al piano en la sala de estar y oí el roce de los zapatos sobre la piedra. Esperé a que llamaran al cristal de la puerta, pues él jamás se molestaba en anunciarse con el timbre.

Cuando llamó, corrí a lo alto de la escalera del fondo y grité hacia el agujero negro cegado:

—Mamá, ha venido el tío Ot con una mujer que no conozco de nada.

Mi madre abrió la puerta de la cocina y dejó salir algo de luz.

—¿Es que no puedes abrir tú? —Tenía las manos llenas de harina—. No sé por qué tienes tantos remilgos para abrirle la puerta a tu tío. Es el hermano de tu pobre padre. No sé qué crees que habríamos hecho sin él.

Me di media vuelta, a sabiendas de que no me quedaba más remedio que abrir yo la puerta. Ya estaban aporreando la madera y fisgando por la rendija del buzón.

La desconocida era muy menuda. Cuando entraron en el vestíbulo, con ella a la cabeza, vi que apenas le llegaba por los hombros a mi tío. Llevaba un vestido ligero de gasa que se había ceñido a la cintura con una faja de terciopelo; tenía unos ojos del azul de China más vivo que había visto en mi vida, sin contar los de Puff, nuestro minino blanco.

—Así que tú eres Hatty.

Articuló las palabras con tiento, como nuestra costurera cuando tenía la boca llena de alfileres. Más tarde habría de descubrir que ese esmero suyo por afilar los sonidos vocálicos pretendía atenuar su marcado acento, que habría sido mucho más agradable para cualquier oído que no fuera el suyo. En ese momento, sin embargo, me parecía tan menuda y guapa que admiré incluso aquello: me parecía que representaba tan bien su elegancia como podían hacerlo los estrechos zapatos puntiagudos que llevaba.

Mi tío Otway, enfundado en su abrigo de *tweed* basto, me recordaba a un gran oso pardo. Agitaba los brazos por detrás de ella: él era su telón de fondo.

—Conocí a esta adorable personita el año pasado cuando estuve en Barcelona. Es oriunda de una de las islas, Ibiza... ¿lo he pronunciado bien, querida?

Yo no sabía de qué hablaban; en cierta ocasión había escuchado en el salón de té de las galerías Barker's de Kensington a una mujer que cantaba acompañada por el violín: *Oh! Follow the big corona, that comes all the way from Barcelona*<sup>1</sup>. Pero el nombre de aquella isla me caló sin más en la mente como una piedra en un pozo.

---

<sup>1</sup> *Anda, sigue a la gran corona, que viene ni más ni menos que desde Barcelona.* [Todas las notas son de la traductora].

Cynthia repasó con la mirada nuestra salita en ele: el armario de los juegos pintado en blanco; la piel de tigre sin enmarcar que mi padre había matado en la India (se veían incluso los agujeros de bala)... Hasta detenerse en el piano abierto y el atril que sostenía la obra con la que yo había estado ejercitándome un momento antes.

—Me ha dicho tu tío que tocas muy bien el piano —dijo.

Y yo, tras su sonrisa y sus palabras sencillas, pude oír la voz profunda de mi tío, henchida mientras le explicaba mis pequeños éxitos en los exámenes de la Royal Academy; mis aspiraciones; la muerte de mi padre; el denuedo de mi madre por sacarnos adelante, y lo bueno que sería si pudieran «convencerme, sin obligarme, ojo, porque soy de la opinión de que cada cual ha de tener criterio propio», de que fuese a una de esas academias de secretariado que dan a la parte más triste de Hyde Park, donde en agosto las ovejas, con su largo pelaje apelmazado, se amontonaban en el césped medio pelado y hacían que uno anhelara los vientos fríos que traerían a todo el mundo de vuelta a Londres y, consigo, la uniformidad que aglutinaba a quienes habían podido salir con los menos afortunados que no habían llegado a irse.

—Sí, sí que toco —respondí—, pero me queda mucho por aprender. —Mientras hablaba, me vi atraída como un imán por la banqueta del piano.

—Toca algo, que te oiga. —Su petición pareció sincronizarse al dedillo con el aleteo de las finas partituras mientras me abría paso a tientas por las hojas.

—Esto es un arabesco de Debussy —anuncié mientras acomodaba la obra delante de mí.

Se hizo el silencio, mezcla de respeto y curiosidad. Ella fue a sentarse en uno de los sillones bajos que había en la otra punta

de la salita, fuera de mi campo de visión. El tío Otway se me acercó, en cambio, con el gesto fruncido por una sonrisa, igual que cuando habíamos tenido nuestra *charlita*: «Cuenta conmigo», me dijo como si fuéramos cómplices.

No me quedaba ya más remedio que empezar. Los compases iniciales estaban claros y bien separados; dejé que la continua ligadura de acordes rotos se persiguiera de una mano a otra. En ningún momento cundió la preocupación en mí, ni cuando la mano derecha emprendió un contrarritmo con la izquierda; solo yo podía tocarlo sin equivocarme. Tenía que mantener la melodía en primer plano de la cabeza y dejar que el verdor acuoso me envolviera y creara el recio tono puro que me mantendría a buen recaudo del nebuloso agarre de los parientes entrometidos, las sonoras pisadas del piso de arriba o los olores acres a vinagre y berza que bajaban por las escaleras y entraban en nuestras habitaciones todos los días a esa hora de la tarde noche.

Tenía muy presente el pesado aliento en el cogote y, cuando me acercaba ya a los últimos compases de la página, una mano de grueso pelaje se alzó de golpe y me acarició el cuello. Desprevenida ante la violencia de aquella intrusión, toqué una nota equivocada de un acorde que me atravesó la cabeza como un escopetazo. No me detuve, pero aceleré el tempo en un esfuerzo por evadirme del error. Acometí entonces el movimiento lento y moderado, que suponía un descanso a la par que un alivio después del raudo fluir de los pasajes previos. Sentía muy de cerca el aliento en la espalda, casi parecía tocarme y revolverme los cortos mechones de la nuca; la pezuña marrón estaba a punto de atacar de nuevo. Atribulada, me volví mínimamente, con la esperanza de hacerle ver al tío Ot que me las arreglaba

yo sola. Se quedó quieto, y en ese segundo vi que los ojos se le arrugaban en una sonrisa de preocupación.

Y entonces me perdí.

Las manos se me tropezaban sin sentido, como si me fueran ajenas y nunca hubieran tocado un teclado; se desataron unos sonidos terribles, de esos a lo que los niños pequeños llaman «música china» cuando les cuesta expresarse por pura insistencia y fuerza, conjurando a veces, por azar, una armonía natural, un sonido bello y desquiciado que es imposible repetir. Sentí que se me iba el color de la cara y una frialdad inerte se me instalaba en las sienes.

—No puedo seguir —gemí por fin—. No sé por dónde iba, no sé qué me ha pasado...

Mi madre irrumpió en la habitación. Me censuró con la mirada mientras yo seguía allí en la banqueta, gimoteando; sin duda había estado espiando al otro lado de la puerta y no le había gustado lo que había escuchado.

—Ya está bien —dijo—. Anda, ve y échate agua fría en la cara.

Cuando, unos minutos más tarde, regresé a la salita, mi tío Otway estaba al piano. Tenía los ojos cerrados y tocaba de memoria ese mismo arabesco. Sus excesos en los pedales desvirtuaban la pieza, el tempo era un *rubato* extravagante y aporreaba puñados enteros de notas equivocadas, pero aun así perseveraba, sin saberlo quizá o sin preocuparle lo más mínimo, meciéndose de lado a lado, tanteando el camino por la pieza como un ciego: enseñándoles a las niñas de lo que eran capaces los mayores («Y no es que yo no disfrutara con la música», me había dicho cuando lo de nuestra *charlita*). Llegó al último acorde y, tras dejar de pisar el pedal de resonancia, se levantó,

se llevó las manos a las sienes e hizo una reverencia indostánica. Cynthia saltó emocionada de la silla y aplaudió con sus manitas enjoyadas. Aquel fue el primer aliento de rencor.

Con todo, cuando una tiene solo catorce años, las pequeñas laceraciones no tardan en curarse; no hace falta mucho más que la calidez superficial de una sonrisa, o la rápida concentración de un ojo adulto, para coser las pequeñas heridas de un pasado muy reciente. Cynthia me habló entonces, con todos sus dienteitos blancos y sus hoyuelos bien marcados en la cara:

—Se nota que te gusta mucho leer, Hatty.

Miró deleitada las profundas estanterías de libros, como si hubiera hecho un descubrimiento muy especial; los ojos se le detuvieron en las enciclopedias y en los ejemplares encuadernados de *Punch* que yo había heredado de mi padre. Con mucho tiento, empezó a restituirme la autoestima.

—Yo también tengo una colección de libros considerable —añadió—. Nada que ver con la tuya, desde luego, pero me encantaría que vinieras un día y le echaras un ojo. Algunos los tengo desde que era pequeña. Todavía los leo. ¿A ti cuáles son los libros que más te gustan?

Aún con cautela, pero apaciguada casi por entero, respondí, recuerdo que con cierta destemplanza:

—Los que más me gustan son los buenos libros. —Y acto seguido, para ilustrar la extensión de mi conocimiento, añadió—: Disfruto muchísimo con Rider Haggard, pero a Jane Austen no la soporto.

Seis y media de la mañana y estación Victoria. La madre de Stephen, Amy, está ya en el andén para despedirnos; ha traído

consigo a la joven que esperaba casar con Stephen antes de que su hijo me conociera a mí. Van vestidas prácticamente igual, con trajes de tafetán color marfil y anchos sombreros de culi trenzados con hilo metálico. La relación que tienen me resulta incomprensible y quiero imaginar que se consuelan la una a la otra por la pérdida que ambas han padecido por mi culpa.

Entre ambas nos han preparado gran cantidad de comida para el viaje: un pollo entero deshuesado y un solomillo de ternera embutidos a lo largo y ancho de una lata de kilo de azúcar. «Y también, mis pequeños, os hemos puesto una botella de vino». Amy es una mujer desbordante de vida, con unos grandes ojos claros siempre al borde de la lágrima; me mira directa a la cara como si estuviera ordenándome hacer algo que nos unirá a todos en este gran esfuerzo por darle a su hijo unas vacaciones realmente estupendas. Yo, en cambio, me muestro malhumorada, ceniza; mi agradecimiento por compromiso no está a la altura y lo sé, pero para poder convertirnos en sus cómplices tendría que reformular toda mi relación con Stephen y verlo solo como el niño que ríe feliz y cuya instantánea en la arena de Le Zoute permanece encapsulada *ad eternum* tras los ojos de ella.

Stephen sale y entra del vagón como batiendo sus anchas manos blancas cual alas recortadas. En estos encuentros, él siempre está en guardia, ojo avizor, en busca del comentario descabellado que podría materializarse como un ectoplasma tanto en boca de su madre como de su mujer. Es un severo domador que nos mantiene corcoveando y pastando justo hasta el silbido final.

Los últimos minutos se alargan y se hacen incómodos. Una conversación entre personas que no tienen ni la más mínima idea del paradero de las otras.

—Me encanta tu vestido —le digo en voz muy baja a June. Lo digo y lo pienso porque es cierto que me gustan la textura y el corte de la seda clara; pero ella tan solo interpreta las sombras de un rencor dubitativo en mi voz. Desde su punto de vista, yo soy la nuera.

—La tía Amy trajo la tela de China... hace años. Es preciosa, sí.

—Cuidaos. Ya mismo estaremos otra vez juntos. No os olvidéis de escribir cuando lleguéis a París. —Amy nos empuja a irnos para acelerar nuestro regreso; tiene un calendario hecho en la cabeza y quiere trazar ya la primera equis imaginaria—. Remitid las cartas a «mamá», y que no se os pase la del banco. Id con cuidado.

Por fin nos movemos. Los dos nos asomamos por la ventanilla del vagón. Símbolos blancos de la paz aleteando desde el andén cada vez más pequeño, así como desde el tren en movimiento.

Un vagón vacío, ahora lleno de luz; efluvios aún del Fleurs de Rocaille de Amy. Deshacemos nuestros paquetes de comida con curiosidad. Para cuando llegamos a Newhaven, nos hemos comido la mitad.

Me sorprende ver que han retapizado con *chintz* la tercera clase del vapor del canal. Las salas de descanso están divididas en «Caballeros» y «Señoras». Unas literas y unos cómodos sofás ocupan las paredes de la zona femenina; una camarera de blanco almidonado irrumpe tras la torre de palanganas de esmalte vacías. Hay una o dos siluetas ya postradas en las literas, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada, tristemente inconscientes del terso barrido del agua, esperando angustiadas a que echen el ancla.

Hasta que llegamos a Ruan, la campiña normanda se antoja una mera extensión de las praderas de Sussex. Los manzanos para sidra, si bien aquí atrofiados y vapuleados por el viento, nunca se han visto afectados por el brazo de mar que ha reclamado la tierra entre ambos países.

Al comienzo somos un vagón de figuras anodinas color beige. Sin embargo, conforme disminuimos en número estación tras estación, se despliega ante nuestros ojos ya acostumbrados unos brillantes y coloridos dibujos en los vestidos de las mujeres, tajos color carmesí en bocas y pañuelos, el cerúleo del cielo abrillantado y relumbrante en los párpados de la chica que tengo enfrente.

Un joven francés y su parlanchina madre estadounidense vigilan desde su esquina, atentos a cualquier indicio de apertura conversacional. El hombre sentado a mi lado es centroeuropeo, me da la impresión; cuando nos piden los pasaportes, él acaricia el suyo para llamar la atención sobre el azul y dorado británicos de la tapa.

—Gilbert de nombre —dice sonriendo, y canta—: *Gilbert the Filbert, the Knut with a K.*

Conozco esa canción desde que tenía tres años; me pregunto en qué bando cree que nosotros pensamos que estuvo él. Este hombre tiene cierto descaro en el acento, del tipo que a veces uno encuentra en huéspedes de complejos turísticos de la costa en el extranjero; una bonhomía de piel curtida que aspira a aunar a todos los veraneantes británicos con un «nosotros los *gentlemen*». Su fuerza es en cierto modo su ceguera; no se molesta en imitar los astutos hábitos del inglés comedido. «De acuerdo», dirá para acceder a sus sugerencias, o «ciertamente» cuando lo arrastren a una partida improvisada de críquet en la

playa; y aun así, en todo ese tiempo, manifestará una antipatía implacable cuyo triunfo reside en la cerrilidad de la persona contra la que es dirigida.

Los campos se abren ahora a unas llanuras de hierba recortada; los árboles son más espigados, elegantes fustas a la vera del ancho río. Todo es plano y está a la vista. No hay recovecos en los que guarecerse durante una tormenta.

¿Por qué en un vagón de tren pueden agotarse tantos temas de conversación? Quizá sea porque para algunos es el único público que lograrán atrapar en su vida. El tiempo es demasiado breve para completar la impresión final, el espacio demasiado limitado y la repentina aparición del andén de cemento que cortará la comunicación, cierta como pocas cosas.

Gilbert ha empezado a explicarnos el motivo que lo lleva a viajar a Viena con escala en París:

—Allí se me unirá mi mujer para las vacaciones y escucharemos música juntos.

Hay un cálido halo germánico en esa explicación que borra de plano toda afectación inglesa previa. Las montañas y las barcas engalanadas de ese hermoso río que nunca he visto se ponen de pronto en perspectiva: el melancólico romanticismo alemán que nunca podrá ser traducido como es debido, solo transformado en un equivalente deslustrado.

La madre estadounidense y su hijo irrumpen al oír la palabra *tide* y hacen un panegírico sobre los estupendos detergentes en Inglaterra comparados con los de París<sup>2</sup>. De pronto, nos colman de consejos e indicaciones; cómo no cansarse,

---

<sup>2</sup> *Tide*, 'corriente' en inglés, en la acepción relacionada con el río, es también la marca de un conocido detergente.